"problema. Habrán podido obtener fon-
"dos inmensos para repetir cada dia, con
"una triste monotonía, ceremonias insig-
"nificantes y frecuentemente absurdas; y
"los hombres que han derrocado el altar
"y el trono, los hombres que han vencido
"á la Europa, no lograrán conservar por
"medio de festividades nacionales el re-
"cuerdo de los grandes sucesos que inmor-
"talizaron nuestra revolucion!"

"¡Oh delirio! continúa el Sr. de Mais-
"tre, ¡oh profundidad de la debilidad hu-
"mana! Legisladores, meditad esa gran
"confesion; ella os enseña lo que sois y lo
"que podeis." *

¿Qué mas puedo agregar? La imponente vos del filósofo no me permite mas que hacer votos por el pueblo. ¡Ojalá y éste llegue á amar las fiestas del cristianismo! ellas constituyen toda su alegría y su libertad. Las festividades que podrian crearle los hombres, apenas servirian para aturdirlo, en medio de sus miserias y dolores.

* **Consideraciones sobre Francia, cap. v.**

CAPITULO XV.

Espectáculos del pueblo.

No pudiendo crear festividades para el pueblo, en cambio de las fiestas cristianas que se le robaban, se le daba otra cosa, se creaban espectáculos.

¡Y qué espectáculos!

Antes, la religion era todo el espectáculo del pueblo; ó bien, si queria que descansase de sus pensamientos piadosos, les daba un espectáculo de otra clase, con pompas que correspondian á esa avidez con que todo hombre se entrega á las emociones; pero siempre sobre asuntos que tenian relacion con sus costumbres cristianas.

Se han burlado mucho de los *misterios* (*autos sacramentales*) que fueron el orígen del teatro moderno. La burla es muy fácil, pero esto no quiere decir que sea razonable.

Los *misterios* eran todo el espectáculo

popular posible en épocas de piedad, y seria preciso bendecir á la Iglesia, por haber templado entonces la austeridad de las creencias, para permitir que se convirtiesen en un objeto de diversion y de placer. No era una profanacion; era la fé reproducida bajo la forma de un juego. ¿Es verdad, que el teatro demarca las épocas de la sociedad? El teatro de los misterios demarca una época de inocente simplicidad, en que subsistian las pasiones, ¿quién lo duda? pero en cuya época se abrigaban y purificaban al pié del altar.

Entonces no era necesario que el génio marcase con su sello la obra teatral destinada al placer de los hombres. Es muy digno de observacion que los espectáculos mas sencillos, son los que mejor corresponden á la inocencia de las costumbres. Cuando comienza á desaparecer la virtud, el pueblo es mas dificil de contentar con ciertos placeres; en seguida llegaron épocas en que no solo se ausenta la virtud, sino que se presenta el vicio; entonces es el cinismo el que preside los juegos. Parece que el talento está de mas, en la extrema simplicidad, ó en la extrema corrupcion.

Este es, ciertamenta, un objeto impor-

tante de meditacion, pero demasiado grande tal vez para el fin que nos hemos propuesto y que buscamos.

Lo cierto es, que si los *misterios* nos recuerdan épocas de inocencia, los espectáculos á donde concurre actualmente el pueblo, indican una época muy diferente.

Hemos dado al pueblo espectáculos en los que se acostumbra á los excesos de la corrupcion, tal como el egoismo, el odio, la disolucion y hasta el ateismo.

Los ejemplos de los espectáculos son muy fuertes; penetran al pueblo por la vista, por el oido, por todos los sentidos; se incorporan en él, en cierta manera. Los conserva como una leccion viva. Lo que ha visto fingir en la escena, lo realiza en sus hábitos y en sus costumbres. Entonces no hay ya nada de verdadero ni instintivo. Las inspiraciones personales se desvanecen. Todo se convierte en una ficcion teatral, el cariño á la familia, el amor y los mas tiernos afectos. El alma no tiene sus desahogos naturales; se arregla enteramente á los modelos escénicos. De ahí nacen imitaciones desastrosas; pasiones que no tienen el abandono y el candor de la ignorancia, crímenes, asesinatos, adulterios, suicidios, cuyos ejemplos no se reciben de la naturaleza, sino

de personajes ficticios. Y como el espectáculo que mas agrada al pueblo, sin dejarlo respirar ni reflexionar, no se cuida de presentarle en contraste con esos espantosos ejemplos, lecciones que templen la fuerza de tales pasiones, la imitacion es pronta y espontánea; parece un movimiento libre y una especie de inclinacion natural.

Estos son los espectáculos que ofrecemos al pueblo, nosotros que nos burlamos de los *misterios* y de la inocencia de los tiempos antiguos.

En seguida nos asombramos de que haya vicios y corrupcion en el pueblo. Enumeramos con espanto el progreso de sus crímenes y de sus desórdenes. Llamamos en nuestro auxilio á la política, á la filantropía, á los libros, á la caridad, á la policía, á la industria, para atenuar, si es posible, esa inmensa alteracion de las buenas costumbres, esa invasion de las inclinaciones desenfrenadas y de las perversas ideas. Pero no vemos la causa, siempre subsistente, de esa degradacion. Mientras los espectáculos del pueblo sean espectáculos de cínica disolucion y de ateismo sarcástico, el pueblo se dejará arrastrar á esos excesos de frenesí. Apenas la prudente reflexion de un hombre

formado para las virtudes, resistiria á ese espantoso impulso del ejemplo realizado en la escena. ¿Cómo quereis que el pueblo con su ignorancia pueda resistirse á él? el poder de la escena es embriagador. Para que se cambiase en bien del pueblo seria preciso conciliar lo que tiene de seductor con las austeridades de la moral, cosa dificil, ¡tal vez imposible!

Sin embargo, digamos á los que ejercen alguna accion en los teatros que hagan un esfuerzo para inclinarlos á ese objeto de educacion pública. Pidámosles que den al pueblo espectáculos que no sean un ejemplo de corrupcion. Estamos muy distantes de la época de los *misterios*, ¿quién lo duda? pero si el pueblo quiere otras escenas, ¿la invencion no podrá presentárselas tales, que le ofrezcan un ejemplo de virtud? Pues qué, ¿el teatro debe ser á fuerza una escuela de prostitucion?

En esto sí aceptaria yo voluntariamente la accion pública del Estado. Este ejerce naturalmente un grande imperio sobre el pueblo, por medio de la direccion de el de dar lecciones vivas de virtud y de sus espectáculos, y seria un noble oficio moral.

No basta que los espectáculos sean inferiores para la inocencia del pueblo; es

preciso que le sirvan tambien de ejemplo y enseñanza. Hay espectáculos de pura curiosidad que debilitan el carácter de de pueblo, lo preparan para la servidumbre, lo disponen á la incuria, y lo despojan de su dignidad y energía. Hagamos al pueblo fuerte contra todos los peligros, aun contra los que no siempre se perciben. El apocamiento del alma es una funesta señal de decadencia.

En el extremo opuesto existe otro peligro: hay espectáculos en que la vista se fija en imágenes atroces, tales como los combates entre hombres ó béstias feroces; este es otro género de degradacion. Queriendo fortificar el alma, no vayamos tal vez á embrutecerla.

"Los atenienses, dice Plutarco, habian olvidado enteramente á Anfictión, á Tesco y á los Arcontes que los habian gobernado con sabiduría, y no pensaban mas que en los bufones, en las bailarinas y en los farsantes que podian divertirlos.... Los que mandaban estaban muy complacidos de que el pueblo se ocupase de frivolidades odiosas, mas bien que de los negocios del Estado." Y cuando estas dos palabras: *panem et circenses*, es decir, pan y sangre, eran las únicas que pronunciaban los romanos, el pueblo libre habia

desaparecido, y no quedaba más que un pueblo afecto á la vergüenza. La gradacion fué rápida: habia comenzado por el espectáculo de los asesinatos, y concluyó por la bajeza y la infamia.

El Estado puede reanimar al pueblo ó precipitarlo por la direccion de sus espectáculos. Seria un crímen social del jefe del Estado convertir este poder en un tráfico de dominacion. Seria menos temible una invasion de bárbaros. El pueblo se reforma en las terribles pruebas de las batallas; se corrompe y envenena, sin remedio, con los espectáculos licenciosos.

¡Deben, pues, todos los moralistas, solicitar la reforma de los espectáculos del pueblo! Hay algunos de ellos que se engañan. Querrian que el cristianismo penetrase vivo en los teatros. Debemos en este caso temer otros peligros, las profanaciones, y que el génio de los poetas se acostumbre á convertir el cristianismo en una mitología muerta. No, no me conformo, ni deseo semejantes reformas. El cristianismo tiene un pensamiento popular, un pensamiento social y humano, que deben respetar los espectáculos; tiene lecciones y ejemplos, inspiraciones, emociones y luchas dramáticas llenas de poesía. ¿Deben, pues, los espectáculos alterar esa

base de amor y de poesía? ¿Deberán envenenar en el corazon del pueblo ese sentimiento de lo bello, de lo grande, de lo virtuoso que la religion ha depositado en él?

Los espectáculos deben estar en relacion con la creencia del pueblo. Si el pueblo cree una religion verdadera, y los espectáculos alteran su creencia, no solo son impíos con relacion á Dios, sino tambien criminales con relacion al pueblo. En nombre de éste pido que los espectáculos que se le ofrezcan estén conformes á las máximas de la moral. De otra manera, ¿no se quita al pueblo la paz y la tranquilidad de la vida? Se le hará odiar su condicion, se le atormentará con necesidades imaginarias, se le separará de su destino natural, se le desconsolará, y los juegos con que quiere divertírsele, se convertirán en un suplicio. Esto es mas de lo que se necesita para producir revoluciones sin objeto é interminables desgracias.

Hay moralistas que vituperan á la Iglesia su regidez, porque arroja el anatema sobre los espectéculos; ¿no deberian, ante todo, ocuparse en reformar los espectáculos haciéndolos buenos? Despues de esto, sus quejas contra la Iglesia serian menos vivas. Yo creo que esa regidez de la Iglesia es una prevision popular; el cristianismo cuida mucho la felicidad de los hombres, aun cuando parece disputarles sus alegrías; es porque tiene una vista muy penetrante. Sabe lo que se encuentra en el fondo de esos placeres; si dejasen intacta la inocencia, no solo no los reprobaria, sino que los bendeciria.

Ademas, ¿por qué culpar al cristianismo? ¿No hay filósofos que han hablado de la misma manera? Todo el mundo conoce los gritos de maldicion de Rousseau. ¿De qué proviene que se le perdonen? De que son una ficcion de la elocuencia. Los hombres permiten que la moral sea severa, con la condicion de que no interrumpa ni turbe sus placeres.

Hay un filósofo mas humano que Rousseau: Marco Aurelio. "El gusto por los espectáculos magníficos, dice, es un gusto frívolo.... Cuando no puedas evitar el concurrir á esos grandes espectáculos, vé á ellos previsto de un sentimiento de bondad; nada de vana ostentacion; al contrario, piensa que un hombre no es verdaderamente estimable, sino en tanto que no se inclina mas que á objetos que lo merezcan."

Tal es el consejo del sábio dirijido á otro sábio. En cuanto al pueblo, concur-

rirá á los espectáculos que se le ofrezcan, no pudiendo escojer los buenos, si los hay, sino aceptándolos todos sin exámen. En esto se revela un grave peligro, y en lugar de asombrarnos de la austeridad del cristianismo, debemos dejarlo que se queje y gima; debemos suplicar con él al pueblo que evite esas escenas que ocultan la degradacion y la infamia. ¡Feliz el pueblo si escucha estas palabras de prevision y de salud! Entonces encontrará dentro de sí mismo espectáculos de virtud y de piedad, de trabajo y de prosperidad, de riqueza y de inocencia.

CAPITULO XVI.

De la mejora de la suerte del pueblo por medio de la educacion.

Sigamos la inspiracion cristiana, y lleguemos á la felicidad del pueblo.

Muchos buscan esa felicidad, inocente y cándidamente, con teorías de instruccion, con escuelas de toda especie, con libros, con métodos; y yo no me atrevo á reprobar sus buenos deseos. Mas ¿no es

preciso decirles que sus trabajos serán infructuosos, si no son impulsados por la educacion?

Se espera mejorar la suerte del pueblo enseñándole á reducir la vida á un cálculo de cada dia, de cada hora. Mas cuando se le hayan enseñado al pueblo todas esas minuciosidades del bienestar, no por esto se le habrá revelado el secreto de la felicidad. Esta consiste en la paz del alma y en la libertad de la conciencia.

¿Qué hacen la mayor parte de los amigos del pueblo? Le crean necesidades desconocidas; lo empujan fuera del círculo de sus inclinaciones naturales. Le presentan en perspectiva, prosperidades que no alcanzará jamas, es decir, fatigan su existencia por una emulacion sin objeto, y por una ambicion sin éxito. ¿Es esa la felicidad? ¿no es mas bien el tormento de la vida?

La educacion, templando las pasiones humanas, derramando el amor y la benevolencia entre los hombres, endulzando las asperezas de la desigualdad social, será el principio de la verdadera felicidad del pueblo.

Es preciso que éste aprenda por la educacion todas las razones que existen para que ame su condicion, esa condicion

destinada en apariencia á sufrir todos los dolores humanos, pero realmente bendita y consolada por la Providencia, si se considera con relacion á las bendiciones mas envidiadas.

Los que hablan al puebo, no cuidan de hecerle estas reflexiones. Para ello no es preciso una filosofía muy elevada, ni un lenguaje correcto. El espectáculo de las grandes miserias y de los grandes infortunios, habla á la razon del pueblo como á la de los mas sábios. Pero es preciso mostrárselos, porque de otro modo lo dejará pasar desapercibido. El pueblo tiene sus preocupaciones personales. No se dirije guiado por sí mismo hácia las cosas que están fuera de su esfera. Es preciso ayudarlo, para que se separe de su propia imágen. Es necesario abrirle los ojos, bajo las adversidades que persiguen á los pobladores de la tierra. Es preciso, en fin, disponerlo á que tenga mucha piedad respecto de los males de la vida humana, y enseñarle á compartir los dolores que oprimen las almas, sea cual fuere la condicion en que Dios las haya colocado.

Hacerle comprender esa universalidad de la pena, de la labor y de las lágrimas en la humanidad, seria dar un gran paso

en favor de la felicidad del pueblo. ¡Cómo se le disminuiria el peso del fardo que soporta!

Ha habido filósofos que han hecho todo lo contrario. ¡Ved á los ricos, han dicho al pueblo, vedlos ociosos; raza maldita, que se come el fruto de nuestras siembras, que nace con el riego del sudor de nuestra frente! Todas las lecciones de estos filósofos consistian en disponer al pueblo al pillaje y al asesinato, por todo aprendizaje de felicidad.

Y despues, ¿no habria ricos ni ociosos, es decir, no habria desigualdad? Triste filosofía, cuya prevision no llega mas que hasta el dia siguiente al de su triunfo, á menos que no establezca en sociedad humana el derecho perpetuo del exterminio.

Hay una filosofía mejor, y es la que comienza por introducir en el corazon de los ricos la conmiseracion y el amor, y en seguida dispone á los pobres á bendecir el sufrimiento, como una prueba. Esa filosofía no defiende la ociosidad, antes la ataca como una plaga de las virtudes. La ociosidad, esa torpeza del alma, no es propia para una condicion, con exclusion de las demas. Degrada á la indigencia, como á la riqueza; así es que la filosofía

de que hablo, afrentando á la ociosidad, porque es un vicio, no nace de sus anatemas un pretexto de odio y de separacion entre los hombres. Al contrario, á todos les inculca el deber igual en que están de obedecer la ley del trabajo, bajo la cual marcha inclinada la humanidad entera.

Y esta filosofía es popular, es benéfica y humana; porque conduce á la práctica de todas las cosas que constituyen la felicidad.

Supongamos, en efecto, una educacion tan arreglada, que todos los hombres se viesen igualmente alistados bajo esa ley del trabajo, variada segun las posiciones, pero comun á todas; se ve claramente, que entonces naceria un sentimiento de confianza y de verdadera fraternidad, que endulzará las penas destruyendo las rivalidades. Entonces la emulacion del pueblo no seria tormentosa, sino tranquila. El deseo de mejorar su suerte, por medio de una industria ingeniosa y activa, no se convertiria en aversion, para los que han asegurado su porvenir. Cuando se lograse un buen resultado, habria quienes lo obtuviesen por la imitacion, y en la adversidad no se veria ninguno abandonado, sino que contaria con auxilios y piedad. Se estableceria entre los hom-

bres un lazo de amor, y no seria penoso soportar cualquiera condicion, porque todas aparecerian con sus mirerias.

¿Quién, pues, dará á la educacion del pueblo, esa sábia direccion? ¡Cuánta paz y cuánta calma lograria con ella! ¡cuántos vicios desaparecerian, y cuántos disgustos llegarian á vencerse! ¡cómo disminuirian los odios, y cómo aumentaria la caridad!

Tomamos el mayor empeño en hacer que el pueblo odie su suerte, cuando nuestro principal trabajo deberia ser endulzársela. Quitemos al pueblo sus pensamientos envidiosos, y le infundirémos un nuevo valor, para mejorar su condicion. Aumentemos á su vista el espectáculo del pesar y del dolor, y amará mas sus infortunios. Hagámosle que compare las adversidades humanas, y portará mas noblemente su fardo, por pesado que sea. Tal debe ser la educacion del pueblo.

De aquí resultaria un gusta y aficion á las virtudes públicas y privadas, y todos ganarian, el órden del Estado y la seguridad de las familias.

La felicidad no extriva en los goces materiales de la vida; sí en los goces íntimos del alma. Consiste en la satisfaccion de las necesidades del corazon.

Descubrimos al pueblo el secreto de la economía. Establecemos cajas de ahorros. Le revelamos el arte de multiplicar el dinero por el dinero. ¿Es esa toda la felicidad?

Cuidémonos de reemplazar unos tormentos con otros. Hagamos de los deseos inmoderados, sobre todo, de el de la avaricia, de ese tormento de la riqueza, que seria tambien el tormento mayor de la pobreza. Hagamos de toda esa prevision que roba la libertad al ama, y que podria dar lugar á necesidades desconocidas, y tal vez á crímenes ocultos.

¿Qué hacemos? Quitamos al pueblo ese carácter que parece que le es propio, esa ingénua confianza en la Providencia, ese abandono del porvenir: admirable simplicidad, que es como la fé en su trabajo, una sumision al valor y á la virtud. ¿No es esto quitarle todo el encanto de su existencia? ¿No es envenenar la resignacion, ese admirable perfume de las virtudes, ese ornamento delicioso de la esperanza?

De esta direccion dada á las costumbres populares, resulta una disposicion fatal al aislamiento y al egoismo. Es el carácter de las naciones que caminan á su ruina degenerándose.

En este sistema de educacion todos se excitan á bastarse á sí mismos; todos sueñan una independencia para sí mismos. Desearia no necesitar del universo; y esto para ellos seria la suprema felicidad.

Pero ¿qué hombre puede vivir fuera del universo, ó por mejor decir, no necesitar de otro hombre? ¿Cuál de las posiciones sociales, qué condicion humana es independiente? ¿Qué individuo, por afortunado que sea, no buscará á su derredor los lazos del afecto, y podrá bastarse á sí propio? El aislamiento es muy posible, no solo á un hombre, sino á una familia; no solo á una familia, sino á una aglomeracion de familias; ¿pero á un pueblo? ¿No todo está enlazado en la humanidad? ¿Ella misma no se halla enlazada con el cielo por medio de una misteriosa cadena? ¿Podria vivir de otro modo, suspendida en el espacio, y no pudiendo fijar su vista mas allá de este infinito?

¡Véase á dónde conducen las teorías que tienen por objeto la felicidad del hombre! ¡Se quiere que el hombre pueda vivir solo! Este es el colmo de la insensatez; es decir, se le ofrece un estado de felicidad que nunca puede realizar: ¡se le alimenta con quimeras!

Acostumbrado el pueblo á caminar en

pos de una felicidad que huye como una sombra, llegará por grados á una debilidad moral, que se revelará en su constitucion pública, por la ausencia de todo patriotismo y de toda gloria.

Ademas de que el individualismo gasta penosamente la existencia privada de los hombres, apura tristemente la vida política de los Estados.

Imaginaos que todos los individuos se hayan propuesto padecer aisladamente; á fuerza de egoismo se creará un pueblo el mas miserable.

Es notable que el egoismo termina por destruir la actividad. Necesita el hombre otros motivos para excitarlo á las grandes empresas, aun á aquella en que juzga que encuentra su interes. El egoismo muere en el fatalismo inerte é idiota. O bien, cuando esa especie de resignacion estúpida sobrepuja á sus fuerzas, no tiene por virtud mas que la desesperacion, ese último abismo en donde fermentan los pensamientos crueles y los feroces proyectos.

Nadie podrá contar los crímenes producidos por ese gusto de la independencia y del aislamiento, que la educacion moderna ha inculcado en los hombres. Al principio, esos sueños de egoismo son seductores; pero cuando se disipan, dejan

un vacío espantoso en el alma, con celos atroces y odios implacables. Nuestra educacion ha causado muchos asesinatos y suicidios; y si no siempre produce tan fatales consecuencias, cuán impotente es para curar las heridas del alma, dejándola débil para cuando lleguen los dias de prueba.

No, no debemos empujar al hombre ni al pueblo al aislamiento, bajo pretexto de conducirlo á la independencia. Enseñémosle á buscar el bienestar en las relaciones comunes de la vida civil; y por consecuencia enseñémosle á convertir esas relaciones en buenas y provechosas; es decir, demostrémole cuales son los deberes de la sociedad humana; démosle lecciones de afecto y benevolencia, de equidad, de indulgencia, de piedad para los males de sus semejantes, de virtudes prácticas, porque todo esto constituye la felicidad.

La educacion del pueblo no será real, sino cuando llegue á alcanzar este objeto.

Que la educacion tenga por base hacer revivir en el pueblo la santidad y la sencillez de las costumbres domésticas; que se reanime el espíritu de familia; que se restaure la autoridad del padre; que los niños participen del bienestar por la obe-

diencia y el amor, así como por el trabajo; que tenga un freno la ambicion; que la probidad sea una regla constantemente respetada; y que la modestia acompañe siempre á todos los triunfos y á los felices resultados: y con estas virtuosas diposiciones, inculcadas en el corazon de los hombres, el pueblo estará seguro de mejorar su suerte sin aspirar á vanas quimeras, y sin caminar en pos de mentirosos sueños.

Frecuentemente se busca la mejora de la suerte del pueblo en la instruccion; yo la busco en la educacion. ¡Dios mio! ¿Qué cosa es la instruccion del pueblo? ¿Qué puede ser? Un sueño, una ilusion de mas.

He manifestado mis pensamientos sobre la instruccion del pueblo, y tal vez los he extendido saliéndome de los límites designados por otras personas. Pero si la instruccion solo ha de producir nuevas necesidades, no servirá mas que para aumentar la miseria. A la educacion corresponde revelar al pueblo el secreto de su bienestar: ella es la que le asegura un poco de felicidad.

La intruccion puede hacer mas refinado el egoismo; pero entonces será mayor el número de tormentos que ocupen la senda de la vida. La instruccion agita el

pensamiento del hombre; la educacion lo calma y lo arregla. Para mejorar la suerte del pueblo no debe alimentársele con esperanzas, sino tratar de moderar sus deseos. Que una enseñanza moral lo prepare para la práctica de las virtudes, y será un gran progreso hácia una suerte mejor.

CAPITULO XVII.

De las vocaciones del pueblo.

La educacion no encerrará al pueblo en un círculo de fierro; no se encargará de mejorar su condicion, imponiéndosela como una fatalidad. No, la educacion de que hablo es una educacion cristiana, y por consecuencia, deja esplayar el pensamiento humano; deja á los deseos su libertad; deja á la actividad su energía.

Al hablar, pues, de las vocaciones del pueblo, debo exceptuar los innumerables accidentes que á cada momento varian la existencia de los hombres, tan pronto aba-